

PERIFERIAS DE LA LITERATURA



José-Carlos Mainer

PERIFERIAS DE LA LITERATURA

De Julio Verne a Luis Buñuel

fórcola
SEÑALES

Señales

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Ilustración de cubierta:

Mujer daliniana, estarcido de Damián Flores

© José-Carlos Mainer, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-4655-2018

ISBN: 978-84-16247-72-1

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

*A mi nieto Aris Andrés Mainer,
ciudadano del siglo XXI,
en su tercer cumpleaños.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
Para los lectores de Julio Verne	13
La resurrección de Lázaro. Variaciones contemporáneas sobre un tema en la literatura hispánica	35
De la España negra. Apuntes literarios acerca de una obsesión	63
Joaquín Costa en 1911. Un réquiem español	83
Apuntes para un marco. Con Luis Bagaría dentro	105
La hermandad de las artes. Literatura y pintura en el tiempo de Miguel Viladrich	129
Alrededor de 1915. Nacionalismo y modernidad	149
Geometría lírica. La arquitectura en las letras españolas ca. 1930	183
Años cincuenta. Pablo Neruda y los poetas españoles	203
España, 1972. La sombra de Max Aub	231
Luis Buñuel y el apocalipsis de fin de siglo: : Galdós, Mirbeau, Huysmans	247
PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS	269
NOTAS	271
ÍNDICE ONOMÁSTICO	293

Una explicación...

Siempre me gustó aquella definición de *philología* que daba en 1737 el venerable *Diccionario de autoridades* y que Francisco Rico hizo poner en la primera solapa de los libros de la colección Filología, que dirigió a finales del siglo pasado en Editorial Crítica: «Ciencia compuesta y adornada de la Gramática, Rhetórica, Historia, Poesía, Antigüedades, Interpretación de Autores, y generalmente de la Crítica, con especulación general de todas las demás Ciencias».

La filología es, a fin de cuentas, el arte de *componer y adornar* los pasos de una historia, tal como quieren (o quisieran) hacer las páginas de este libro misceláneo que pretende tratar de las *periferias de la literatura*. Las periferias trazan un espacio permeable y apetecible: prestan sentido a lo que hay más cerca, en el camino de sus significados, y a la vez nos anticipan alguno de estos que están más lejos. Son propicias para celebrar la coincidencia cronológica y el parecido fortuito, exploran el eco todavía borroso de algo distinto o la sospecha de afinidades no muy explícitas.

Por eso, la definición que más me gusta de estas afueras cercanas no concierne a la filología, ciencia con *pedigree* clásico, sino a otra forma de conocimiento más práctica que es como una sobrina suya sin tanto abolengo: la historia de la literatura. Me explico... Cuando en 1770 el rey Carlos III transformó el Colegio Imperial de los Jesuitas en los Reales Estudios de San Isidro, los nuevos administradores convirtieron en pública su nutrida biblioteca y el bibliotecario contrajo la obligación de desempeñar una cátedra de Historia Literaria, que fue la primera de este título entre nosotros. El más conocido de los trabajos que allí se expusieron fue el *Discurso sobre la Historia literaria*, leído en 1791 por el bibliotecario segundo, Cándido María Trigueros, en una sesión que presidió el conde de Floridablanca en nombre

del monarca (que ya era Carlos IV). Y así definía la materia de sus trabajos aquel afanoso escritor al que apoyó Jovellanos y del que se burlaron Tomás de Iriarte y el joven Moratín entre otros:

Historia literaria se llama la «narración y examen de la aplicación de los progresos del entendimiento humano desde el principio hasta nuestros días». Esta narración abraza igualmente la Historia de las Letras y de los Literatos, que la de los subsidios y obstáculos de aquéllas; es por lo mismo un estudio accesorio a todos los estudios y a cada uno de ellos; y es un utilísimo adorno y auxilio exterior, que no siendo la erudición misma, es un engalanamiento de la erudición; y que por lo tanto, aunque no hace digno del nombre de sabio al que nada más sabe, pero pone en estado de ser más docto a quien entiende bien una facultad.

Según el modo y objeto con que esta Historia se trate, puede ser universal o particular, geográfica o topográfica, bibliográfica o biográfica, especial o especialísima.

Un estudio tal exige de parte del que ha de gobernar esta enseñanza un profundo y muy extenso conocimiento de todos los ramos del saber [...]. En todas las enseñanzas basta que los Maestros hayan estudiado, y no tienen otro oficio que el de Maestros; en ésta no basta haber estudiado; es necesario estudiar perpetuamente y alternar el oficio de Maestros con el de aprendices. Finalmente, todas las enseñanzas tienen un término prefixo; mas la de la *Historia Literaria* es inagotable¹.

Hay que reconocer que la prosa de Trigueros, un tanto aturullada, mezcla dos cosas: el desinteresado afán del catacaldos por saber de todo y la condenada vanidad de presumir de ello. Pero si dejamos de lado esto último, la idea de que la historia literaria es inagotable resulta tentadora.

El presente libro no pretende experimentar otra cosa, ya sea cuando se aventura en las razones y los gozos de los lectores de Julio Verne (que es quizá el ejemplo más conspicuo de la literatura como obstinada estancia en su periferia), ya cuando repasa algunas encarnaciones —casi todas poéticas— del episodio

PRÓLOGO

evangélico de la resurrección de Lázaro, o cuando se escribe sobre cómo se constituyó la pesadumbre (y el masoquismo) de una *España negra* y sobre cómo leyeron y discutieron a Pablo Neruda algunos poetas de la España de los años cincuenta. Por aquello de que la historia de la literatura es «un estudio accesorio a todos los estudios y a cada uno de ellos» (según sostiene Trigueros), se habla también de la vecindad de las artes plásticas y la literatura en torno a dos pintores, Miguel Viladrich y Luis Bagaría, y también se toman como pretexto acontecimientos del año de 1915 para establecer una trama que los una; o los libros del fin del siglo XIX que inspiraron la obsesión apocalíptica de un cineasta como Luis Buñuel. Y porque la historia de las letras tiene también que ver con «los subsidios y obstáculos de aquéllas», también se incluyen sendos trabajos sobre las exequias literarias españolas de dos escritores cuyo legado fue piedra de toque de muchas cosas en el país de entonces: las de Joaquín Costa en 1911 y las de Max Aub en 1972.

... Y un escrípulo

Pero ¿cómo establecer, más allá del gusto personal de hacerlo, el sentido unitario que preside y justifica esta colección de ensayos? Hace ya bastantes años, un filólogo y amigo, Joaquín Rubio Tovar, publicó un artículo de título revelador, «Síntoma y justificación del prólogo: “Estos ensayos forman un libro”» (*Revista de Occidente*, 108, 1990, pp. 97-109), que resulta un espejo delator para reconocer cuánto pueda haber de legítimo y de arbitrario en este tipo de trabajos.

Todos suelen apelar a la unidad como principio justificatorio («continuidad de los ensayos», «principio básico que une», «común propósito», «perspectiva unitaria»), aunque algunos añoren que los componentes no hayan alcanzado sazón en un libro unitario. Otros discuten si es preferible dejar los originales tal como estaban en el momento de su publicación o enmendarlos en ocasión de su vuelta a las prensas. O si su orden debe ser

el cronológico de su escritura o el determinado por el diseño del propósito común. O si el título debe reflejar la naturaleza sedimentaria del libro o se opta por uno conjunto e imaginativo que refuerce el propósito justificatorio. En 1990, Rubio Tovar relacionaba la abundancia de estas misceláneas con «la dispersión, la diseminación, consecuencia de la muerte del saber concebido como una unidad», por lo que «frente al viejo *speculum*, el pasaje breve se ha convertido en la forma que mejor expresa nuestro desconfiado e incompleto conocimiento del mundo». Puede que sea así en mi caso... Por lo tanto, he buscado un título cauto para el libro, he dado un orden digamos *narrativo* a los trabajos que lo componen y los he corregido y aliñado aquí y allá, sin actualizarlos demasiado.

Y debo confesar, por último, que la culpa de este volumen es mía, aunque también he de reconocer que previamente sucumbí a la gratisima tentación de corresponder a una invitación de Javier Jiménez, director de Fórcola, y de Fernando Castillo Cáceres. Fue algo después, cuando ya repasaba los trabajos que compondrían el presente libro, mientras surgió el estímulo más cierto, risueño e irresistible de darlo a la imprenta: queda dicho en las tres líneas de su dedicatoria.